

de la fiebre que la invadía? Para alejar esta impresión, y no escuchar aquellos clamores de muerte, cambió de postura separando su oído del rail. ¡Así estaba más cómoda! ¡Así nada sentiría cuando las ruedas de la máquina la destrozasen! Pero sin duda calculó mal porque el tiempo transcurría, el tren no acababa de llegar, y cada minuto de espera convertíase para Sitilla en un nuevo y más punzante dolor. Y sin embargo, ya faltaría muy poco, pues ni antes de salir la joven de su casa, ni al recorrer el camino, percibió el silbato avisador... Era preciso resignarse y sufrir tan horroroso martirio.

Ya no oía los gritos de antes, ya no miraba la tierra; ahora tenía por único punto de vista la bóveda celeste, aquel espacio grandísimo y oscuro sembrado de puntitos que parpadeaban, semejando las chispas aventadas de una inmensa hoguera. En los ojos de Sitilla, desmesuradamente abiertos como para reconcentrar en ellos la escasa luz que el cielo le enviaba, la última que había de ver, reflejábanse las estrellas, cuyos oscilantes resplandores parecían hablarle palabras extrañas de un idioma sólo para ella inteligible, pero no de desesperación y de angustia, como las que la barra de acero conducía, sino de esperanza y consuelo. ¿Qué querían decirle aquellos peque-

ños soles con suincesante titilar? ¿Acaso que también eran desgraciados, con desgracia mucho mayor que la suya, porque una mano poderosa les trazaba al nacer su destino contra el que no les era dable rebelarse, una vida que no podían voluntariamente abandonar? ¿Acaso, por el contrario, que su constante brillo era expresión de perdurable gratitud, elevada al Supremo Hacedor que les puso en el profundo infinito dándoles calor y luz? ¿Acaso querían hacerle entender el contento de su existencia? ¿No mostraban con su largo vivir, ellos á cuyo lado era Sittilla menos que un átomo, la conformidad con los designios del que los creó?...

Y en fuerza de fijar la infeliz muchacha sus pupilas en el tachonado firmamento, llegó á imaginarse que su cuerpo estaba en el vacío, sin tierra que lo sustentara, y que sus ojos adquirirían potencia tal, que atravesaban aquellos puntos luminosos, que no eran sino pequeñas aberturas hechas en un colosal tupido velo azul, por las cuales se escapaban débiles rayos de una luz bienhechora, cuya intensidad sólo á ella le era permitido, por milagrosa voluntad, percibir. Y pensó que si su vista, penetrando por los intersticios del cielo, se anegaba en aquel dulce fulgor que despejaba su inteligencia, su alma, en cambio, nunca podría alcanzar lo que adi-



vinaba más allá, donde no se encontrarían sino los que, puros de todo pensamiento mundano, no hubiesen tenido más amor que el amor á la esencia divina que hizo el universo... Pero aun cuando su anhelo por acercarse al punto ideal que su mente vislumbraba pedia fuerzas que la movieran, una postración inexplicable la retenía en la tierra, como si estuviese condenada á eterna inmovilidad.

De repente, el agudo silbido de la máquina, ya cercana, hizo á Sitilla volver á la certidumbre de su situación, y entonces, uniendo los dispersos hilos de su conciencia, recordó el sitio en que se hallaba, recobró algo de su dormida energía y se levantó. En cuanto hubo andado unos pasos, la columna de aire producida por la velocidad del tren, azotó el descompuesto rostro de Sitilla.

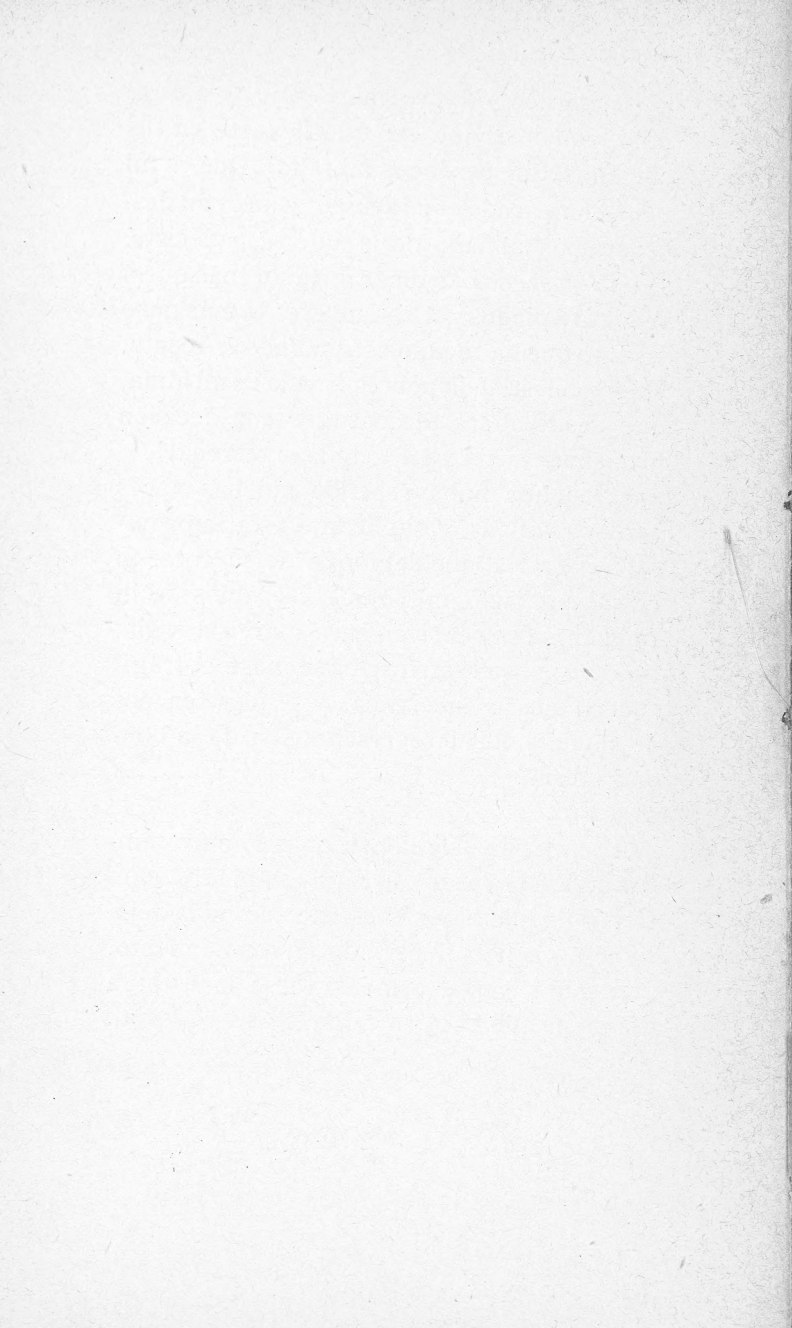
Avergonzada y arrepentida, corrió á su casa, cuyas puertas, por fortuna, encontrábase entornadas como las dejara; subió las escaleras y encerróse en aquella habitación que había abandonado para nunca más volver. Encendió una lámpara, se desnudó, y, arrodillándose ante la imagen de la Virgen que adornaba la cabecera de su lecho, cruzó las manos y se quedó contemplándola por largo rato, llenos los ojos de lágrimas, que caían suavemente sobre su oprimido pecho.

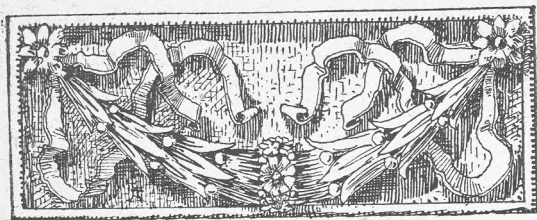
—“¡Perdón, Madre mía!—dijo.—¡Yo te pido, por el divino ser que llevaste en tus entrañas, que perdones mi falta! ¿Qué es mi pena comparada con la tuya? ¿Qué es mi desesperación al lado de la que tú padeciste? ¡Yo te ofrezco no dedicar mi amor más que á ti, Madre piadosa, á ti, que eres lo más puro y santo que ha tocado este mundo! ¡Acepta, Madre celestial, la pobre ofrenda de mi alma, que desde ahora te consagro con decisión firmísima, ajena ya á todo lazo terrenal!,,

Y así que hubo repetido muchas veces con voz callada y suplicante esta improvisada plegaria, que del fondo de su corazón elevaba al cielo, creyó que los labios de la imagen se entreabrían para sonreirla, y sintió como si su espíritu abandonase el frágil cuerpo que lo encerraba, y se fuese en pos de aquella ideal representación de la bondad eterna.....

.....

A la mañana siguiente, cuando muy temprano fué al cuarto de Sitilla su madre doña Belén, inquieta por el estado en que la dejó, hallóla en tierra, perdido el conocimiento, transida y yerta, como si fuese la estatua del dolor que hubiera caído de su pedestal.





XXIX

PASARON algunos años, después de los sucesos á que se refieren los capítulos anteriores, y el narrador de esta verídica historia se vió precisado á dar una vuelta por la ciudad de Umbrosa, objeto siempre de su entusiasta admiración. Como era natural que se informase de la suerte de los diferentes personajes que en dicha historia tuvieron papel importante, preguntó á Paco Fuertes, con cuya amistad se honra, y éste le dió cuenta exacta de todos ellos, encargándole que al poner en letras de molde el relato de los acontecimientos— si tal se le ocurría—por ningún motivo omi-

tiese los amargos comentarios y acerbas censuras que le inspiraba la conducta de Rijosa, y el funesto caciquismo *faldamental* ejercido aún por la hija del marqués de Cíperez.

Habrà de perdonar *La Ley Marcial* que en la ocasi3n presente se prescinda de su encargo, para no abusar con demasía de la paciencia del lector, porque inútil es decir, dado el sincero cariño que D. Paco profesaba á Sitilla, que si á estampar se fuesen aquí sus juicios severísimos, no tendría fin este libro. Así, pues, el narrador aprovecha las noticias de Paco Fuertes, por lo que tienen de interesantes, y deja que cada cual adivine los susodichos comentarios ó los haga conforme le pida su gusto.

¿Qué se puede contar de D. Luis Gómez de la Rijosa que resulte nuevo, para los que hayan seguido con alguna atención la historia de nuestros hombres públicos durante estos últimos años? De todos es sabido, sin necesidad de los informes de *La Ley Marcial*, que el ex Gobernador de Umbrosa, millonario por razón de su boda con *El Premio Gordo*, confundió y redujo á perpetuo silencio á sus detractores; reconquistó el padrinazgo del ilustre Manguindoy; aumentó el número de los antiguos amigos, que se convirtieron en fervientes admiradores su-

yos—no por impulsos de adulación interesada, sino por requerimientos de noble patriotismo—fué Diputado á Cortes, luego Director general de Puentes aéreos y Faros luminosos, después Subsecretario y, por último, Ministro en aquella famosa crisis que llevó á las esferas del poder á los elementos genuinamente representantes de la moralidad y de la justicia, á aquellos integérrimos varones que aspiraban á reformar nuestras corrompidas costumbres políticas y administrativas, de suerte que, en lo sucesivo, desde el más alto funcionario al más humilde servidor del Estado, se ajustasen á los preceptos de una moral estrechísima, y no tuviesen, ni aun en sus antecedentes privados, la menor mancha que les hiciese sospechosos.

Y bien notorio es el entusiasmo con que el país en masa acogió el nombramiento de D. Luis Gómez de la Rijosa, pues, conocido su programa seductor, no cuajado de pomposas promesas ni de lugares comunes de esos que sirven para pescar incautos, sino lleno de proyectos prácticos y realizables, y teniendo todo el mundo fe en su palabra, por lo mismo que era recién llegado á la política—como quien dice—y estaba exento de añejas responsabilidades que á otros hombres incapacitan para ser creídos, se juzgó

que su advenimiento al poder sería comienzo indudable de nuestra regeneración social. Como del punto en que Rijosa fué Ministro parten nuestras actuales venturas y prosperidades, no hay para qué volver á ocuparse de este famoso personaje, cuya bondad y rectitud es además proverbial, y cuyo nombre ya pertenece á la historia. ¡Dios nos le conserve muchos años!

Véase cómo la especie humana obra muy á la ligera, cuando reniega de la Providencia que premia al egoísta, al duro de corazón, al que atropella todo género de sentimientos como en ello le venga utilidad, y castiga al justo é impecable. Parecía que en la distribución de la justicia divina habrían de tocar trabajos y sinsabores á Rijosa por el daño que hizo, y dicha sin tasa á la infeliz Sitilla por lo buena que fué y lo mucho que amó, y, sin embargo, apartando á Rijosa de la senda que le conducía á la monotonía tranquila de un hogar prosaico, aunque así destrozase un alma tierna y candorosa, y llevándole á la agitada vida de la política, le puso en condiciones de darnos la felicidad de que hoy gozamos todos los que hemos tenido la suerte de haber nacido en esta tierra de España. ¿No vale más el bienestar de muchos que la vida de uno solo?

Porque Sitilla pagó con la suya el abando-

no de Rijosa. ¡Murió de pena la infeliz muchacha! Esto sospecha Paco Fuertes, su amigo más cariñoso, por más de que no lo pueda asegurar. Ello fué que desde la infausta noche en que la joven quiso poner término á su existencia, le entró tal desarreglo nervioso, que estuvo cerca de un mes postrada en el lecho y presa de pertinaz calentura, de la que con mucho trabajo y solícitos cuidados curó al fin.

Daba lástima inmensa—según cuenta el buen Paco Fuertes, saltándosele las lágrimas—ver á Sitilla, antes espléndida manifestación de la juventud y de la belleza, tan pálida y demacrada, que apenas le era posible sostenerse. Huyó la sangre de sus mejillas, como si el dolor se la hubiese llevado; perdiéronse los primorosos contornos de su esbelta figura, y únicamente conservó el brillo de sus ojos, más luminosos y expresivos cuando sola en su aposento y á las altas horas de la noche, se arrodillaba ante aquella imagen que le prometía, con celestial sonrisa, ventura y reposo en otro mundo ideal más acabado y perfecto.

Mucho sirvió de consuelo á la joven, en los últimos tiempos de su permanencia en la tierra, ver cómo la opinión pública en Umbrosa se rehizo en su favor, otorgándole aquella consideración y buena fama que ha-

bía perdido por causa de las infames calumnias que la deslealtad de Rijosa pareció corroborar. Verdad es que la primera que puso empeño en rehabilitarla, emprendiendo una activa campaña en este sentido, fué Conchita Cipérez, la cual, al considerar cómo se iba formando poco á poco en torno de la pobre niña una aureola de respeto, á que tenía derecho por su piadosa conformidad é intachable virtud, comprendió que su antigua inquina podría hacerla antipática, y dando un hábil cambio de frente se puso á la cabeza de los partidarios de la joven, tanto para ser en todo la que llevase la voz cantante, como para que el mundo achacase á Rijosa la culpa en que ella había tenido parte tan principal. Secundada por la de Arcimeloso, que de buena fe sentía verdadera lástima por Sittilla, hizo que las señoras de Umbrosa, sin olvidar la de Trepístoles y las demás que en el Palacio Episcopal ultrajaron á la muchacha, fuesen á visitarla y á mostrarle su afectuosa solicitud, con lo que ésta las perdonó de corazón, para que Dios le perdonase aquel instante de duda y de pecado que jamás se apartaba de su pensamiento.

Pero, á pesar de estas consideraciones de que la rodearon sus antiguos enemigos, á pesar de los cuidados de doña Belén, que hasta depuso su constante mal genio y brus-

quedad, y, no obstante los extremos cariñosos de *La Ley Marcial*, el ánimo y las fuerzas de la joven fueron decayendo, hasta que una tarde del mes de Junio, al perderse en el horizonte los últimos rayos del sol, la infeliz Sitilla, que, sentada en un sillón frente á la ventana de su cuarto miraba las verdes colinas que circundan la ciudad, cerró los ojos y abandonó la vida con la misma dulzura que la había llevado.

Día de duelo fué aquel para Umbrosa, y aunque no pocos atribuyeron la muerte de la joven á románticas exageraciones, propias de esa gente *cursi* que no debe inspirar compasión á las personas sensatas, y otros á una enfermedad vulgar que se llama anemia, muy común en mujeres dengosas que apenas prueban bocado con tal de verse flacas de cuerpo y pálidas de rostro, los más lloraron á aquella niña, cuya sensibilidad exquisita era un caso raro y muy por fuera de lo común y corriente.

Quizá el único que comprendió á Sitilla fué Urbáñez, el cual, ya entusiasta suyo, mostróse inconsolable y propuso que en la sencilla tumba que encerraba el cuerpo de aquélla, se pusiese una inscripción ó epitafio que dijese así:

„¡Oh tierra! ¡Sé sobre ella tan ligera, como ella ha sido ligera sobre ti!„

MADRID

Pero el tal rótulo hubo de parecer muy profano al P. Valponte, que recordaba haber leído cosa parecida en un poeta griego—á pesar de que Urbáñez juraba y perjuraba que aquello había salido de su cabeza—y se desechó la proposición del Director de *La Mosca Blanca*.

No presenció D. Senén del Márchamo tan triste suceso, porque, gracias á una buena dádiva pecuniaria que le hizo D. Epifanio del Sequiñoso poco después de la boda de su hija con D. Luis Gómez de la Rijosa, como pequeña recompensa debida á sus buenos oficios, se arregló un modesto pasar, pidió y obtuvo la jubilación, y habiendo con todo esto reunido renta suficiente para no morir-se de hambre—como él decía—ni tener que violentar su apacible carácter, más ajeno cada vez á las antinomias que el mundo ofrece y la administración de la justicia muestra, marchóse á su pueblo gozoso y alegre, no sin dejar bien recomendado á Baguenilla, el pinche de escribano, á fin de que siguiera ejerciendo en los fallos de las sentencias aquel influjo salvador, por cuya virtud la ley es menos dura y más humanitaria.

Dice Paco Fuertes, que la noticia del fallecimiento de Sitilla le impresionó lo bastante á hacerle perder, por un buen rato, su humor

jovial y su tranquila mansedumbre; pero pronto recobró su habitual ecuanimidad, dando al olvido el desgraciado fin de la más pequeña de las de Santiuste, como hacía con cuanto fuera parte á turbar su sosegado espíritu. Y añade Paco Fuertes, que después de haberle contado D. Senén los triunfos de Rijosa en Madrid, durante un opíparo banquete que le fué ofrecido por el digno exfuncionario del orden judicial, despidiéronse como dos buenos camaradas, y se encerró D. Senén en su despacho, sobre cuya puerta, y por la parte interior, había leído el fiel amigo de Sitilla un letrero que decía lo siguiente:

„EL VIVIR SIN PENA, BIEN VALE LA PENA
DE VIVIR SIN PLACER.“





1062822



60984 81800